

MILTON ROSSEL

UNA PEQUEÑA GRAN NOVELA
CHILENA

LAS FECHAS conmemorativas tienen la virtud de incitar a revisión obras leídas muchos años atrás, y a enfocarlas desde nuevos ángulos a fin de lograr una justa dimensión estética y humana de ellas, actualizándolas o descalificándolas según sea el resultado de este asedio póstumo.

Hemos releído, para tal finalidad, la novela *Mirando al Océano*, de Guillermo Labarca Hubertson, con motivo del cincuentenario de su publicación. Lo hicimos en la primera edición —Imprenta Universitaria, 1911—. El nombre de esta novela corta induce a pensar que predominan en ella un sentimiento de quietud frente al mar, una leve reminiscencia romántica de contemplación, un huir de los hechos domésticos y cotidianos. Pero el subtítulo “Diario de un Conscripto”, nos advierte cuáles son, en verdad, el sentido humano del mundo novelesco y las circunstancias ambientales en que discurre la acción.

Digamos algo del autor. Su ficha biográfica está nutrida de actividades políticas y docentes. Profesor de Historia durante muchos años en un liceo de Santiago, miembro destacado del partido radical, Ministro de Estado, Alcalde de la capital, jefe de Servicio. Su actuación política fue de un acendrado doctrinarismo en defensa de los principios constitucionales y democráticos que en años luctuosos para la historia política de Chile fueron amagados por un gobierno de tipo dictatorial ejercido por un coronel, tan torpe como ignaro.

Guillermo Labarca adquirió, a través de su pasión por los libros, una cultura amplia y variada. Ello le permitió alternar con singular competencia en las más disímiles funciones: admi-

nistrativas, ediles, docentes, jefatura política. En su juventud incursionó por la literatura escribiendo cuentos de ambiente campesino, los cuales reunió en el volumen *Al amor de la tierra*. Guillermo Labarca es uno de los primeros en hacer en Chile criollismo literario con la obra aludida. Pero su jerarquía literaria, más permanente y sólida que la obtenida en la política y en la burocracia, deriva de la publicación, también en su juventud, de la novela corta *Mirando al Océano*.

Al releerla la hemos vivido como realidad de nuestra experiencia, y las hemos gozado en su plenitud vital y artística sin ninguna intención de enfoque crítico. Como en una primera lectura, asistamos a la visión fugaz y esencial de aquello que más emotivamente nos estremeció. Instalémonos, para tal efecto, en un lugar tan poco grato como es un fuerte de artillería de costa, donde la ficción se concretiza en hechos. Nos imponemos, por algunos detalles descriptivos, que es el fuerte de Punta de Parra, situado en la bahía de Talcahuano, lugar que recorrimos en nuestra niñez. El propio Guillermo Labarca confirmó nuestra delimitación geográfica del sitio de la acción. El historiador José Zamudio, en un riguroso estudio sobre la génesis de *Mirando al Océano*, ratifica este hecho, como asimismo desvanece, con pruebas concluyentes, el supuesto calumnioso de que Guillermo Labarca se hubiera servido de un manuscrito dejado en su poder por el poeta Carlos Pezoa Véliz.

El argumento de *Mirando al Océano* es simple, sin ningún planteamiento trascendental. Circunstancias triviales, sucesos menudos y monótonos, francachelas sabatinas, mundo de primitivas complicaciones formado de oficiales y soldados que se rigen por las ordenanzas militares, tan severas como absurdas, trasplante del prusianismo en nuestro ejército, felizmente superado por una jerarquización más humana y racional. Entonces se imponía el gesto torvo para imponer respeto, voz tonante, actitudes serviles, miradas artificialmente bondadosas frente al jefe; en el fondo, rencores viscerales en jefes y subordinados. Toda la gama del hombre en su conducta reprimida. Reducido ámbito de seres anodinos que se escurren como sombras o que se yerguen involuntariamente y que se adentran en el lector por sus reacciones tan humanas. El ritmo de los acontecimientos sin alterar su monotonía, aparece enmarcado entre cerros áridos en las cimas y frondosos en las laderas, sobre todo en las quebradas, en cuyos renovales asoma el prestigio de la selva austral. Enfrente, el mar,

recortada la infinitud azul por los cerros de la península de Tumbes y de la isla de la Quiriquina.

El conscripto registra en su "diario" todo lo que capta en el trasmundo de los hechos objetivos para tejer la fabulación de insinuada intriga, en permanente suspenso a fin de mantener alerta la curiosidad del lector. Pareciera que una bruma espesa descende sin cesar sobre las almas y las cosas, penetrando sórdidamente en los intersticios del relato. Como sumido en tinieblas, el amanecer se divisa distante, hasta que los cerros, los árboles, el cielo, los pájaros y el mar se abren como un amplio ventanal hacia la vida que llega gozosamente por el camino de la naturaleza.

Vivimos la atmósfera novelesca, participamos de los sucesos triviales del vivir diario, rechazamos a ese oficial huraño y mandón, simpatizamos con el teniente bondadoso, nos encariñamos con la esposa sobre la cual pesa la autoridad sin réplica del marido capitán y, por último, nos sentimos iguales con la tropa irracionalmente disciplinada y con los campesinos acorralados en su miseria y humildad.

Hemos releído *Mirando al Océano* con la emoción tensa, y en la medida que avanzábamos en la lectura, entreveíamos un mundo desconocido, y al terminarla no queda esa sensación penosa de que un dolor sin patetismo estremecía las almas nobles, derrotadas por la vida.

Nos pareció *Mirando al Océano* una novela de reciente publicación, de un autor joven, que sintoniza al ritmo de la vida actual para imprimirle fuerza y humanidad. Con hechos tan simples, ¿cómo ha logrado Guillermo Labarca esa lozanía permanente, esa luz sin sombras? Milagros de la creación artística. Contar con palabras usuales historias viejas que tienen el sortilegio de parecer nuevas.

Si pretendiéramos desentrañar ese secreto de la creación, sólo atinaríamos a decir que Guillermo Labarca tiene *estilo*, que su prosa aparece expurgada de artilugios superfluos, de vocablos inútiles. Pues él ha querido que el contorno y distorno novelescos se insinúen solamente, con las palabras mínimas, sugiriendo, mostrando un resquicio para que la imaginación de quien lee complete el panorama oculto en la intimidad del yo. Por eso emplea la frase breve, cortante a veces, acerada a ratos, desgana-da en ciertos casos y todos aquellos recursos estilísticos que se requieren para que los hechos aparezcan tamizados y el drama de los seres llegue sin estrépito, silenciosamente.

Encontró Guillermo Labarca la ecuación perfecta entre el sentimiento soterrado y la expresión dicha a medias, en lo que parece aflorar en tragedia para luego disolverse en el acontecer de todos los días. Prosa disciplinada, rigurosa, con los rasgos precisos para el retrato físico y anímico, con el detalle evocador indispensable para traernos la presencia del paisaje, con el diálogo mínimo que corresponde a soldados y campesinos.

Prosa de ayer y de hoy, *Mirando al Océano* es una novela en la que a pesar de haberse publicado hace cincuenta años, circula en sus páginas aire de juventud como si hubiese sido escrita recientemente.